

otra toesas; mas no debo disimular que no se encuentra entre ambas medidas la mas esacta proporcion. Midiendo el contorno de la ciudad con la escala de los pasos comunes, me ha parecido que daba cerca de cinco mil y cien pasos; los cuales, al respecto de dos piés y medio, segun la longitud del paso comun, dan doce mil setecientos cincuenta piés, ó dos mil ciento veinticinco toesas. Mas por la escala de toesas solo se cuentan des mil, á saber: en la parte septentrional, y desde el ángulo Nordeste al Noroeste, seiscientas setenta y siete; en la parte occidental hasta el angulo Sudoeste, trescientas cincuenta y cinco; en la parte meridional, quinientas cuarenta y cuatro; y del ángulo Sudeste, volviendo al primero por la parte oriental, cuairocientos ventiocho: total, dos mil y cuatro. En estas medidas he creido que debia despreciar las salidas de las torrrs y algunas pequeñas estrellas que forma la fortificacion en varios puntos del recinto; mas todos los cambios de direccion y demás rodeos han sido observados. Y lo que no se hace aquí con referencia á la medida tomada segun la escala de pasos, que es entrar en el pormenor de los cuatro principales aspectos en que se encuentra dispuesto el suelo de Jerusalem, ha parecido que debia deducirse con preferencia segun la escala de toesas, en razon de que esta parece menos equívoca que la otra. Sin embargo de esta preferencia, que se justificará por lo que sigue, debe decirse, para no omitir nada, que la subdivision de esta escala de toesas es poco esacta en el minco espacio por cincuenta toesas ó por la mitad de la pértiga, porque esta parte es mucho mas corta con respecto al total; y yo he llevado el exámen hasta conocer que medido el circuito de Jerusalem por esta porcion de pértiga, subiria á dos mil doscientas oesas.

Aunque no puede negarse que estas diferencias perjudican á la precision de la escala del plano, no por esto seria conveniente desecharlo de todo punto; y repito que la pértiga de cien toesas me parece menos equívoca que lo demás. La medida del circuito de Jerusalem en su estado moderno, tal como le representa el plano de Mr. Deshayes, la trae el inglés Maundrell en su *Viaje de Alepo á Jerusalem*, que es sin contradicion uno de los mejores rasgos de este génio. Este hábil y esacto viajero contó cuatro mil seiscientos treinta pasos suyos en el circuito exterior de las murallas de Jerusalem, y observa que la disminucion de un décimo sobre este número, reduce la medida de dicho circuito á cuatro mil ciento sesenta y siete pértigas inglesas, es decir, que diez pasos son equivalentes á nueve pértigas. Componiéndose una toesa inglesa de dos pértigas, pues que la pértiga es de tres piés, esta toesa es igual á ochocientas once líneas de la medida del pié francés, segun la mas escrupulosa valuacion; lo que no deja de añadir alguna fuerza á las comparaciones anteriormente hechas entre el pié francés y el inglés, segun ya lo he notado en el *Tratado de las medidas itinerarias*. De consiguiente, las cuatro mil ciento sesenta y siete pértigas, ó dos mil ochenta y tres y media toesas inglesas, darán un millon seiscientas ochenta y nueve mil setecientas diez y ocho líneas, que producen ciento cuarenta mil ochocientas diez pulgadas, ú once mil setecientos treinta y cuatro piés y dos pulgadas, ó mil novecientas cincuenta y cinco toesas, cuatro piés y dos pulgadas. Luego si suponemos esta medida de mil novecientas sesenta toesas redondas, y considerásemos igualmente de dos mil la del plano de Mr. Deshayes, el medio proporcional no se hallaria sino á veinte toesas de distancia de los puntos extremos, ó un céntimo

del todo. ¿Y qué mas puede desearse en el objeto de que se trata? Acaso no se encontrarían menos contrariedades entre los diversos planos de nuestras plazas y ciudades fronterizas. Es de observar, como otra de las pruebas de la preferencia que debe darse á la pértiga de cien toesas, que aunque su discrepancia de las otras indicaciones de la escala del plano consiste en dar menos valor de medida, sin embargo, mas bien peca en abundancia que en falta, si se compara con la medida que tomó Maundrell sobre el terreno.

IV.

MEDIDA DEL RECINTO DE LA ANTIGUA JERUSALEN.

Discutida y reconocida la medida positiva del espacio sobre el plano actual de Jerusalem, veamos ahora las medidas que sobre su circuito nos han dejado muchos escritores de la antigüedad. Tanto de la esposicion que arriba queda hecha de su estado actual, como de la misma disposicion del terreno y de las circunstancias locales que no han podido sufrir variacion, puede inferirse que no hay riesgo de equivocarse con respecto á los antiguos límites de Jerusalem. Estos se circunscriben sobre el terreno, no solo por los puntos de hecho que le son relativos, sino tambien por los que conciernen al mismo sitio. Y esto es lo

que hizo decir á Brocard: *Quam, ob locorum munitionem, transferri non possit (Jerusalem), á pristino situ.* De modo que el plano del local se juzga bastante esacto para poder trazar sobre él mismo una línea de circunferencia que represente la verdadera: convencimiento á que ha podido llegarse siguiendo sobre el plano los pormenores que se han espuesto sobre la antigua Jerusalem. Ahora debemos tratar de las medidas que acaban de enunciarse.

Eusebio en su *Preparacion evangelica* (lib. IX, XXXVI), nos enseña, siguiendo á un agrimensor sirio, que el recinto de Jerusalem es de veintisiete estadios. Por otra parte, Josefo (lib. VI de la *Guerra de los judíos*, cap. VI) cuenta treinta y tres estadios en el mismo circuito de la ciudad. Segun el testimonio del propio Eusebio, Timocares habia escrito en una historia del rey Antioco Epifanés, que Jerusalem tenia cuarenta estadios de circuito. Aristeas, autor de una historia de los setenta intérpretes que trabajaron en tiempo de Tolomeo Filadelfo, conviene en esta medida con Timocares. En fin, Hecateo, citado por Josefo en su libro primero contra Apino, daba á Jerusalem cincuenta estadios de circunferencia. El número de los estadios aquí referidos varía desde veintisiete á cincuenta. ¡Qué diversidad! ¿Cómo reconocer correspondencia alguna en unas indicaciones que varían hasta tal punto? Yo no sé que se haya fijado aún esta correspondencia que hasta el presente ha embarazado mucho á los sábios; testigo Reland, uno de los mas juiciosos entre todos los que han tratado este objeto, el cual, despues de diferir á la medida de Josefo de treinta y tres estadios, se esplica así en la página 837: *Non confirmabo sententiam nostram testimonio, qui ambitum Hierosolymæ viginti et septem stadiis definivit apud Eusebium, etc.*

Esta medida de veintisiete estadios, la primera que hemos citado, parece, sin embargo, que merece una atención particular, como que es obra de un agrimensor que ha medido á cordel. Un número menor de estadios que el que se espresa en las otras medidas indicadas, debe exigir naturalmente mayor dimensión del estadio, que es sin dificultad la del estadio mas conocido, que se llama *olímpico*. Su extensión se estima en noventa y cuatro toesas, dos piés, ocho pulgadas, valor de los seiscientos piés griegos de que se compone, cada uno de los cuales tiene mil trescientas sesenta partes del pié de Paris, dividido éste en mil cuatrocientas cuarenta, ú once pulgadas, cuatro líneas. Los veintisiete estadios son, pues, dos mil quinientas cincuenta toesas, y de consiguiente los vestigios del antiguo recinto de Jerusalén, en el mayor espacio que puede dársele, comprenderán cerca de dos mil seiscientas toesas de la escala tomada sobre el plano de Mr. Deshayes. Cualquiera podrá cerciorarse por sí mismo con solo tomar el compás. Pero debe observarse además, que segun la medida de Maundrell, que solo da al circuito actual de Jerusalén, mil novecientas sesenta toesas, en lugar de dos mil, ó una cincuentésima parte menos; el recinto de que se trata se reduce á dos mil quinientas cincuenta toesas, conforme al producto de los veintisiete estadios. Divididos así para comodidad del lector los vestigios de la antigua Jerusalén en partes iguales en número de cincuenta y una, cada una de estas partes comprende exactamente el espacio de cincuenta toesas, segun la medida de Maundrell; y lo que mas puede suceder será que cuarenta y nueve valgan cincuenta, segun la escala del plano.

Pero se dirá acaso que siendo este número de estadios tan considerable en la medida del recinto de Jerusalén, no

debe hacerse mérito de ninguna otra indicación. A esto contestaré que los antiguos usaron diversas medidas de estadio en tiempos diferentes, y algunas veces en un mismo y solo tiempo. Con mucha frecuencia las emplearon indistintamente y sin observar ninguna diversidad de extensión, con lo cual nos han puesto en la precisión de aclarar con la aplicación y la crítica las especies mas convenientes á las circunstancias de los tiempos y lugares. Lo mas acertado parece que es calcular los treinta y tres estadios de la medida de Josefo, sobre el pié del estadio una quinta parte mas corto que el estadio olímpico, cuyo conocimiento está explicado en el pequeño tratado que publiqué sobre las *medidas itinerarias*. Parece que la disminución de este estadio le hacia mas propio para los espacios comprendidos en el recinto de las ciudades, que para los grandes que se encuentran en la extensión de una región ó comarca. La medida que Diodoro de Sicilia y Plinio nos han dado de la longitud del circo máximo de Roma, solo conviene á este estadio y no al olímpico. Calculando este estadio sobre al pié de setenta y cinco toesas, tres piés y cuatro pulgadas, el número de treinta y tres estadios de esta medida produce dos mil cuatrocientas noventa y tres toesas y dos piés. ¿Qué falta, pues, para que este cálculo sea igual al de los veintisiete estadios precedentes? Cincuenta y tantas toesas. Una fracción de estadio, una toesa mas si se quiere en el valor de éste, no causarían en rigor gran diversidad en la suma de semejante cálculo.

Se exigirá tal vez que además de la conveniencia del cálculo, existan otras razones para creer que esta especie de medida sea por sí misma aplicable á la circunstancia de que tratamos. Como el objeto que nos proponemos tratar en este escrito, debe conducirnos á la discusión de las

medidas hebreas, veremos luego que la milla de los judíos se compara á siete estadios y medio, segun lo que los mismos judíos han escrito; y componiéndose esta milla de dos mil codos hebreos, la valuacion que resulta es de quinientas sesenta y nueve toesas, menos algunas pulgadas. Por consecuencia, el estadio empleado por los judíos es igual á setenta y tres toesas, menos algunas pulgadas, y no puede considerarse diferente del que ha servido para el cálculo de arriba. El avalúo actual es algo mayor que el que anteriormente se me habia dado de esta especie de estadio, y de consiguiente los treinta y tres estadios del circuito de Jerusalem, darán dos mil quinientas toesas, y solo faltarán cuarenta y tantas á la primera suma de dicho circuito. Pero se puede adelantar mas y comprobar el uso que Josefo hizo por sí mismo de la medida del estadio de que se trata con el siguiente ejemplo: en el libro XX, capítulo VI de sus *antigüedades*, dice que el monte de las Olivas dista de Jerusalem cinco estadios: pues ahora bien: midiendo sobre el plano de Mr. Deshayes, que se estiende hasta la cumbre de este monte, la línea de las dos vias que bajan de él, y continuando esta medida hasta el ángulo mas vecino del templo, se encuentran diez y nueve partes de veinte toesas, segun las da la pértiga de cien toesas dividida en cinco partes, es decir, trescientas ochenta toesas; y de consiguiente cinco estadios de la especie de que tratamos; pues la division de trescientos ochenta por cinco, da setenta y seis. Esto no es ambiguo, sino porque para tomar la distancia en el sentido mas estenso, no se puede llevar el término mas allá de la cumbre del monte, y de consiguiente no es efecto del acaso, sino una razon fundada en el uso la que produce la conformidad del cálculo de los treinta y tres estadios sobre el pié que acaba de verse.

Paso á la valuacion del recinto de Jerusalem en cuarenta estadios. Para entrar en esta materia deben hacerse ante todo dos observaciones: la primera es que los autores que traen esta valuacion, escribieron en el reinado de los príncipes macedonios que sucedieron á Alejandro en el Oriente; y la segunda, que en tiempo de dichos príncipes la ciudad de Jerusalem no comprendia aún el cuartel llamado *Bezetha*, situado al Norte del templo y de la torre Antonia; pues Josefo nos dice que este cuartel no estuvo comprendido dentro de los muros de la ciudad hasta el tiempo de Claudio: y ciertamente parecerá muy estraño que para aplicar al recinto de Jerusalem mayor número de estadios, convenga, sin embargo, considerar esta ciudad en un estado mas reducido. En vista del plano que tenemos, he reconocido que la exclusion de *Bezetha* producía una deducción de cerca de trescientas setenta toesas sobre el circuito de la ciudad, en razon de que la línea que escluye á *Bezetha* solo tiene unas trescientas toesas, al paso que la que comprende el mismo cuartel tiene seiscientos setenta. Si el recinto de Jerusalem, comprendiendo á *Bezetha*, sube á dos mil quinientas cincuenta toesas, segun el cálculo de los veintisiete estadios ordinarios al que se refiere precisamente la medida de Maundrell, ó á dos mil seiscientas, cuando mas, segun la escala del plano de Mr. Deshayes; se sigue que escluyendo á *Bezetha*, este recinto queda reducido á unas dos mil ciento ochenta toesas, ó á lo mas, dos mil doscientas veinticuatro.

A estas observaciones debe añadirse, que es indudable que en la medida de las marchas de Alejandro se empleó un estadio particular, tan corto con respecto á los otros, que si ha de juzgarse sobre la valuacion de la circunferencia del globo que da Aristóteles, preceptor de Alejandro,

deberán entrar mil ciento once estadios en un grado del círculo máximo. En el *Tratado de las medidas itinerarias* se encontrarán algunas investigaciones sobre este estadio, que puede llamarse macedonio. La valuacion que resultaria de la medida de Aristóteles no ha sido adoptada á la letra y sin exámen, sino que en consecuencia de la medida particular de un pié, que parece haber sido propia y especial de este estadio, se estableció su estension; de modo que mil cincuenta bastan para llenar el espacio de un grado. Fijado con alguna precision el valor de este estadio en cincuenta y cuatro toesas, dos piés y cinco pulgadas, segun el conocimiento que tenemos de su elemento, los cuarenta estadios dan dos mil ciento setenta y seis toesas. ¿Pues no es este positivamente el resultado de lo que precede? Y si añadimos las trescientas setenta toesas que rebajamos por la esclusion de Bezetha, ¿no volveremos á encontrar la misma suma del cálculo que resulta de la primera medida de los veintisiete estadios?

Debo observar por otra parte que no es posible suponer que se han buscado de propósito las correspondencias con relacion al recinto de Jerusalem en las valuaciones que han parecido mas propias de cada una de las medidas de que en ellas se ha hecho uso. Si estas conformidades son tanto mas notables quanto que son fortuitas, ¿no tendremos un derecho para concluir que las mismas valuaciones adquieren por este medio la ventaja de una comprobacion?

Queda una medida de cincuenta estadios atribuida á Hecateo. No debe causar admiracion que este autor, que hace subir el número de los habitantes de Jerusalem á dos millones y cien mil individuos, aumente mas bien que disminuya su estension, y comprenda los arrabales ó viviendas exteriores; pero lo que pudo ser cierto en quanto al número

de judíos que se reunian en Jerusalem en el tiempo Pascual, no conviene en manera alguna al estado ordinario de aquella ciudad. Por otra parte, si calculamos dichos cincuenta estadios sobre el pié del último, que es lo que parece mas conforme, el cálculo no se clevará entonces sino á dos mil setecientas toesas, es decir, que solo escederá unas cien toesas de lo que resulta del plano de Mr. Deshayes.

Adoptando, pues, lo que hay de mas positivo en toda esta combinacion, es evidente que el mayor recinto de Jerusalem no pasaba de unas dos mil quinientas cincuenta toesas. Además de que así lo exige la medida actual y positiva, el testimonio de la antigüedad es tambien muy terminante en esta parte. Por resultado de esta medida vendremos en conocimiento de que el mayor espacio que ocupaba aquella ciudad, ó sea su longitud, no pasaba de unas novecientas cincuenta toesas, y su ancho de la mitad de esta suma. Su estension, pues, no puede compararse sino á la sexta parte de Paris, y eso no admitiendo en esta ninguno de los arrabales que están fuera de las puertas. Por lo demás, quizá no seria conveniente que de esta comparacion sacásemos una reduccion proporcional del número ordinario de los vecinos de la ciudad de Jerusalem. A escepcion del espacio del templo, que tambien tenia sus habitantes, los edificios de Jerusalem podian estar mas igualmente apiñados que los de una ciudad como Paris, que contiene casas mas espaciosas y jardines mas vastos que los que debemos suponer hubiese en la antigua Jerusalem, y con los cuales podria formarse la estension de una gran ciudad.